

EDICIONES
BISTAGNE

1pta

La Canción de la Estepa

Lawrence
Tibbett

LA CANCIÓN DE LA ESTEPA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA

La Canción de la Estepa

Producción totalmente en technicolor, basada en la opereta de
Franz Lehar «Amor Zingaro»

Registro sonoro WESTERN ELECTRIC

Dirigida por LIONEL BARRYMORE

Editada por
Metro - Goldwyn - Mayer
Distribuida por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO:

Yegor. LAWRENCE TIBBETT

Princesa. Catherine Dale Owen

secundados por Stan Laurel y Oliver Hardy,
entre otros notables artistas.

La Canción de la Estepa

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

—Te aseguro que yo salvé la vida a tu padre.

—Ni has salvado la vida a nadie, ni tienes tú salvación: estás tonto perdido.

—Y tú eres un imbécil de arriba abajo y de izquierda a derecha.

—¿Que yo soy un imbécil? Lo que yo hago es cortarme un dedo de la mano si tú te cortas dos.

—Y si te cortas tú uno, yo me corto la uña.

—Tú no te cortas las uñas ni el día de tu cumpleaños.

Los que sostenían esta exquisita conversación eran Nicolás y Pedro,

dos elementos de una tribu de gitanos que residía a la sazón en las montañas de Kashiar, al sur de Rusia.

Nicolás era grueso y parecía fornido. Pero solamente lo parecía, así como cualquiera, viendo sus enérgicos ademanes, le habría tomado por un hombre valeroso, cuando en realidad tenía menos valor que una moneda de diez céntimos falsa.

El otro, Pedro, era todavía más inútil que Nicolás, pero tenía sobre él la ventaja de que su cara lo decía y lo ratificaba su cuerpo para que no hubiera lugar a dudas.

Siempre andaban detrás del jefe de la tribu y esto era lo que les salvaba, pues lograban hacerlo reír con su gracia inconsciente y, aunque él estaba convencido de la inutilidad de ambos, los tenía en calidad de bufones.

El jefe de la tribu se llamaba Yegor. Era más joven que la mayoría de sus secuaces, pero, viéndole, se comprendía que se hubiera impuesto a la experiencia de los viejos.

En sus ojos, siempre alegres, se advertía una vivacidad extraordinaria y de todo él emanaba un algo de simpatía y de vigor que cautivaba y dominaba al mismo tiempo.

En su larga vida de merodeo—había nacido en la tribu de que ahora era jefe—, en constante contacto con el peligro y en lucha continua con la muerte, su ánimo se había templado de tal modo que no había en el mundo nada capaz de hacerle retroceder.

Por eso vivía en la montaña. Su temperamento no se habría amoldado a los caminos fáciles de la llanura.

En la época de este relato imperaba aún en Rusia el poder de los

zares y la tiranía empuñaba el látigo.

En tanto la nobleza vivía en la indolencia y en la abundancia, en la estepa tendía el hambre una capa desoladora.

Y aquella desigualdad iba en aumento. Crecían el poder y las riquezas de unos y la escasez y la debilidad de los otros.

La tiranía de los poderosos se había ido extendiendo poco a poco por el Cáucaso, y sólo aquí y allá quedaron algunas tribus rebeldes que se dedicaban al pillaje. Una de ellas era la de Yegor.

Los cosacos de la Guardia Imperial les tenían bien vigilados, pero no podían evitar que aquellos reyes del bandidaje hicieran de las suyas, asaltando las caravanas de los mercaderes que transportaban sus mercancías a través de la cordillera caucásica. Después eran ellos los que llevaban el botín al mercado, un mercado especial que operaba a espaldas de la ley y en el que el comprador se convertía en cómplice adquiriendo las mercancías a mitad de precio.

Yegor tenía una cualidad admirable: la voz.

Era una voz de timbre firme y

hermoso, puro y limpio como el sonido del oro contra el oro.

Cuando en las abruptas cumbres que circundaban su campamento lanzaba al aire dormido de la noche el raudal de su voz, nadie habría podido escucharle sin temblar, pues era una dulzura imponente la de sus cantos, algo soberbio y bravo al mismo tiempo que hermoso.

¿Qué cantaba Yegor? Nada que se hubiera oído jamás.

Su inspiración y su rebelde sensibilidad necesitaban de una libertad absoluta que estaba en pugna con las canciones aprendidas de rutina.

El cantaba siempre la canción que le inspiraba el momento y sólo así podía poner emoción en ella.

Surgía la canción cuando menos

se esperaba. A lo mejor, dormían todos en el campamento y despertaban de pronto, sobresaltados por la voz potente de Yegor que llenaba todo el paraje y arrancaba ecos de los múltiples y abruptos salientes de las montañas.

La luna le miraba sonriente y el viento se estremecía. Por unos momentos allí no había más reinado que el de la voz magnífica de Yegor.

Los cosacos le temían, como se teme al huracán, al torrente y al rayo. Veían en él algo así como una fuerza de la naturaleza contra la que es imposible luchar.

La tribu, debido a la voz del jefe, era conocida con el nombre de "Las Alondras Cantoras".

II

Una tarde aparecieron Yegor y su gente en la posada de Osman el Turco.

Era éste un hombre voluminoso y maduro que, so capa de posadero, admitía, si se los daban a buen pre-

cio, los botines de las tribus que poblaban el territorio de Kashiar, y con tal disimulo realizaba el inno- ble comercio, que nadie sospechaba de su honradez, lo que era motivo de que su posada, enclavada en un

punto muy estratégico, contara con frecuencia entre sus huéspedes a distinguidos personajes. Y así, Osman el Turco, realizaba un doble negocio.

Aquella tarde estaba Yegor extraordinariamente contento por haber dado un magnífico golpe. Saqué una caravana de mercaderes, dejándoles tan sólo lo que llevaban puesto, y el botín había resultado uno de los más abundantes de la temporada.

—¡Hola, viejo Turco! Sirve a mi gente lo que pida. Vamos a dejar tu bodega sin vodka.

—¿Y eso, Yegor? ¿Se ha pescado algo?

—Asómate a la puerta y echa una mirada a los caballos. Por el volumen comprenderás la cuantía del botín.

Una vez hecha la comprobación, Osman dijo:

—El valor depende de lo que haya dentro de los fardos.

—Tisú de oro, ricos tejidos de Damasco. ¿Qué me ofreces por todo ello?

Hablaba en voz tan alta, que Osman hubo de reconvénirle:

—No hace falta gritar tanto.

—¿Nos vas a obligar a que permanezcamos como en misa, después del gasto que vamos a hacerte?

Para decir esto había gritado más aún que antes, lo que acabó de inquietar a Osman.

—¿Quieres perderme? Tengo en el piso de arriba gente gorda.

—¿Más gorda que tú? — preguntó Yegor en son de burla.

—Son dos damas muy principales: una princesa y una condesa.

—¡Caramba! ¿Y cómo están de joyas?

—A mis huéspedes hay que respetarlos. De lo contrario, daré por terminadas mis relaciones comerciales contigo.

—Bien, dime cuánto me das por el botín, que se me está acabando la paciencia.

—Mil rublos — repuso Osman, sin atreverse a mirar a Yegor de frente.

Este lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Habéis oído? — preguntó a su gente—. Hoy, Osman se siente espléndido.

—Dos mil—dijo el posadero.

—Espera, viejo sapo. Voy a contestarte en seguida.

Y comenzó a cantar. Como siem-

pre, era una canción improvisada, inspirada en la situación del momento, situación que para él debía de ser muy cómica, a juzgar por las carcajadas que mezclaba al canto.

Osman el Turco le quería hacer callar y, no encontrando mejor medio, subió hasta los tres mil rublos y luego quinientos más, y, de quinientos en quinientos, llegó a una suma que ni siquiera Yegor había pensado cobrar por el botín.

Se realizó inmediatamente la venta y entonces fué más difícil aún que antes hacer callar a Yegor, pues éste, después de repartir las ganancias entre sus hombres, pidió más vodka e invitó, no sólo a su gente, sino también al mesonero, el cual, por el afán de hacer subir la cuenta, bebió hasta que lo veía todo tan

turbio como si lo mirara a través de una gasa.

Nadie se emborrachó, porque allí sólo había hombres fuertes y bregados en la lucha contra el alcohol, pero todos los ánimos se exaltaron lo suficiente para convertir la venta en una sala de espectáculos.

Yegor, que nunca había perdido la serenidad, se conservaba aquella noche más fuerte aún que de costumbre, pues el éxito obtenido en la venta del botín y el vodka, duplicaron sus ánimos y su alegría.

Por eso comenzó a cantar de nuevo.

Pero ahora no fué el suyo un canto de burla, sino un himno de guerra.

Y los demás le escuchaban embelesados.

Arriba, en la mejor habitación que el mesonero pudo ofrecerle, estaba la princesa Vera Orloff acompañada de su amiga, la condesa Tatiana.

La princesa se había quedado en la posada para pasar la noche y re-

anudar a la mañana siguiente su camino hacia Serivan para visitar a su hermano, el príncipe Sergio, el cual mandaba el destacamento de cosacos de aquel territorio.

Era una encantadora muchacha de cabellos rubios y abundantes que

caían con ondulaciones de cascada sobre sus hombros. Los ojos, muy rasgados, tenían un color de acero brillante y detrás de este brillo, encendían sus luminarias virginales vehemencias. También su boca se rasgaba graciosamente alargando el dibujo correctísimo de aquellos labios que semejabán un corazón con su trazo firme y su viva tonalidad. La nariz fina y correcta y el matiz de su piel, que dijérase amasada con jazmines y rosas, le daban una apariencia de virgen o de ángel. Desde luego, parecía un ser de otro mundo superior a éste, donde la perfección no se logra nunca.

La condesa Tatiana era una mujer que representaba de treinta y dos a treinta y cinco años y que estaba allí porque iba también a Serivan, a ver a alguien que no era precisamente un hermano suyo.

Su encuentro con la princesa había sido completamente casual. La condesa estaba acostumbrada a esta clase de encuentros, porque viajaba mucho. Los caminos de Rusia eran estrechos para su inquietud. Si la describimos se comprenderá mejor esta agitación espiritual.

Tenía los cabellos negros como la endrina y brillantes como el cris-

tal. Acaso el tinte tuviera su parte en esta intensidad del color y de su refulgencia. Sus ojos eran también negros y profundos, y había en su brillo algo turbio, como de agua limpia, pero cuyo fondo se ha removido. Sus labios eran finos y de comisuras rectas y si éstos estaban siempre cerrados con un gesto inconfundible de orgullo y concupiscencia, aquéllos, los ojos, estaban siempre entornados y miraban a través de las densas pestañas que temblaban con imperceptibles aleteos. Su piel muy pálida y de un color mate completaba el conjunto de aquella fisonomía que era como una encarnación del vicio y de la impureza.

La condesa Tatiana, como todos los nobles de su tiempo, era rica, y al no tener quien le pidiera cuentas sobre el empleo que hacía del dinero, lo derrochaba en aquel ir y venir, siempre en pos de emociones y amantes nuevos.

En todas las grandes poblaciones era conocida por su proceder demasiado libre y porque sus amigos se referían unos a otros sus aventuras con la aristócrata, y eran éstos tan numerosos, que pronto estuvo toda la sociedad impuesta del

proceder de la insaciable viuda.

Pero no por eso era rechazada de los salones. Tal aprensión se hubiera considerado ridícula entre el elemento aristocrático, que tenía que demostrar su cultura y su mundología no sorprendiéndose de nada.

Por eso la princesa, tan inocente y pura, la tenía por amiga y asistía a las fiestas que daba, donde más de una vez la moral sufría un poco, si no en los salones, en los que se guardaba la debida etiqueta, sí en el oscuro jardín y en las habitaciones profundas de la casa.

Las acompañaba también una antigua y voluminosa servidora de la princesa, que se escandalizaba muy fácilmente y que solía santiguarse cada vez que cruzaba la palabra con la condesa.

Al oír cantar a Yegor, se habían quedado asombradas.

Jamás habían tenido ocasión de oír un canto ni una voz tan magnífica y ruda al mismo tiempo, tan dulce y salvaje, que cautivaba unas veces y otras hacía temblar.

La canción era también algo desconcertante al mismo tiempo que hermoso. Melodías no escuchadas jamás, interrumpidas por gritos de

guerra y de triunfo o por carcajadas de burla y de reto.

La princesa escuchaba complacida, pero para la condesa la complacencia era poco. Ella se estremecía agitada por ocultas pasiones, se sentía apresada, como abrazada, por aquella voz enérgica y dominadora.

—Petrovna — dijo a la doncella cuando Yegor terminó de cantar—. Ve y di a ese hombre que suba.

—¿Que suba?— exclamó la prudente mujer, aterrada.

—¡Claro! Que suba. ¿Acaso hablo en chino?

—Piense la señora condesa que será sin duda un campesino grosero y rudo.

—Por eso precisamente quiero que suba. Ve en seguida a llamarlo.

Petrovna dirigió a la princesa una mirada de angustia y de interrogación. Vera sonrió divertida.

—¡Anda, mujer! ¿Qué esperas?

Bajó las escaleras Petrovna y al ver el número y clase de hombres que se reunían en el comedor de la venta, estuvo a punto de volverse atrás; pero, comprendiendo que no podía desobedecer a la princesa, bajó los escalones finales tan velozmente como pudo, y se situó junto

al ventero, como el que se refugia en una fortaleza.

El cantor estaba en el centro del grupo. No se atrevió a dirigirle la palabra y dió al ventero el recado.

—Yegor — dijo entonces éste—, el ama de esta señora dice que subas, que quiere hablar contigo.

Yegor, sin soltar el vaso de vodka que tenía en la mano, miró de arriba abajo a Petrovna.

—¿Y quién es tu ama?

—La princesa Vera Orloff.

—Pues bien, dile a tu princesa que si quiere algo de mí, que baje ella.

Le volvió la espalda y comenzó a cantar de nuevo.

Los hombres de Yegor habían rodeado a Petrovna, y ésta se vió precisada a huir. Cuando entró en la habitación, creía haber llegado al cielo.

III

La noticia de que el cantante no quería subir, sorprendió a Vera.

—¿Le has dicho quiénes somos?

—Sí, princesa.

—Es curioso — dijo ésta, dirigiendo una mirada a su amiga.

—Es algo más que curioso—repuso la condesa entornando los párpados.

Y como Yegor seguía cantando, cantando, salió de la habitación y, apoyada en la baranda de la escalera, estuvo contemplando al cantante.

Admiró su cuerpo de atleta, su

cabello revuelto, su enérgico y dominador ademán.

La princesa, atraída también por la curiosidad, siguió a su amiga y cuando apareció en lo alto de la escalera, Yegor, como si hubiera sido atraído por su mirada, alzó el rostro y se quedó estupefacto, mudo de admiración.

Pero su mutismo fué momentáneo. En seguida brotó a sus labios una segunda canción, más bella y dulce que la primera, y, al mismo tiempo que cantaba, trepó rápida-

mente hasta donde estaban las espectadoras, sin utilizar la escalera, y se sentó en la barandilla.

Allí siguió cantando y mirando a la princesa. Su canción aludía a los cabellos rubios, a la tez virginal de Vera, la cual quedó muy sorprendida, diciéndose que parecía escrito para ella aquel canto, de tal modo se ajustaba a sus cualidades.

Saltó Yegor al otro lado de la

baranda, y Vera retrocedió instintivamente, un tanto acobardada por la audacia de aquel hombre, y como éste no cesaba de avanzar mientras cantaba, la princesa, y con ella su amiga Tatiana, no cesaban de retroceder.

Entraron de espaldas en su habitación y entró también Yegor, cerrando tras él la puerta.

* * *

La condesa le ofreció en seguida asiento en un sofá y comenzó por sentarse ella; pero Yegor prefirió ocupar una mesita que había detrás del respaldo.

—¿Quién es usted? — le preguntó la princesa—. ¿Canta en el teatro?

—¡Oh, no! Canto en la montaña. Soy el jefe de la tribu de Kashiar.

—Tengo entendido que esa tribu es de merodeadores.

—Es la tribu de "Las Alondras Cantoras", que, cuando roba, paga con una canción lo robado.

—Es admirable — dijo la condesa, echando el cuerpo hacia atrás

y mirando a Yegor por entre las pestañas—. ¿Quiere usted cantar-nos esa canción que sus hombres han comenzado ahora?

Yegor llenó la habitación con una de sus características carcajadas.

—Esa canción no la podría cantar. Yo no canto canciones conocidas. Respondo a la inspiración del momento. Y sólo si ese momento me inspira algo, puedo cantar, mejor dicho, he de cantar, pues entonces por nada del mundo podría detenerme.

—Eso quiere decir que este momento no es bello para usted—dijo la princesa.

Yegor la miró fijamente, como si, de pronto, le hubiera hipnotizado la mirada de Vera, que también se fijaba francamente en su rostro.

—Este momento—dijo—me inspira mucho.

Y comenzó de súbito a cantar.

Esta canción fué aún más apasionada que la de antes.

Yegor, apoyado en el respaldo del sofá, miraba a la princesa y hacía caso omiso de la condesa Tatiana. Pero ésta apenas podía darse cuenta del desaire. Estaba embarazada, adormecida por la emoción de aquel canto viril y magnífico, por aquella voz potente y arrolladora que era una muestra de fuerte masculinidad. Tenía los ojos casi cerrados y la nuca apoyada en el borde del respaldo del sofá. Su pecho se mecía rítmicamente con un jadeo de emoción.

En cuanto a la princesa Vera, su actitud era muy distinta. No tenía los ojos entornados, sino abiertos y fijos con sorpresa y con agrado en el cantor. Aquella voz potente y grata, de barítono, le llenaba el alma de bellas emociones. La sorpresa se debía a que sólo de un cantante profesional, cuyo nombre se hubiera visto muchas veces en los

carteles de los teatros de ópera, podía esperarse que tuviera aquel hermoso timbre de voz y aquel arte para cantar.

En su alma no había aquel cúmulo de nubes de tormenta que ponían en constante tensión a Tatiana. Su alma era diáfana como el cielo despejado que sigue a las grandes tempestades, como el aire de la montaña... No podía poner en su actitud aquellas emociones que no conocía.

Cuando Yegor terminó, la condesa abrió los ojos y Vera depuso su actitud, como si de pronto se hubieran aflojado todos sus miembros y se entregaran al descanso.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó Tatiana en un tono en el que se traslucía que pagaría sin regatear.

—Muy poca cosa y mucho—respondió Yegor—. Quiero el sombrero de la princesa.

Entonces se dió cuenta la joven de que llevaba el sombrero puesto desde que entrara en la venta. Realmente, entre la conversación a que dió lugar su inopinado encuentro con la condesa y las escenas que siguieron por motivo de la llegada

de Yegor, no había tenido tiempo de quitárselo.

Al mismo tiempo, otra idea había surgido en su mente, la de que Yegor era osado en demasía. Como princesa, llevaba en su sangre el germen del orgullo, y éste hacía aparición por menos de nada.

¿Que le diera su sombrero? ¿Con qué derecho hacía semejantes demandas un bandido a una princesa?

—Acaba usted de decir una impertinencia — le reconvino Vera con gesto grave.

—Todas las princesas son iguales. Se creen que los demás seres son poco más que hormigas, minúsculos insectos a los que se puede pisotear.

Y lanzó una de sus ruidosas carcajadas.

La princesa se irguió, mirándole altivamente.

No dijo nada; pero aquella mirada era lo bastante expresiva.

Se dirigió a la puerta del dormitorio y desde allí manifestó a su amiga:

—Tatiana: te ruego envíes a paseo a este impertinente bandido.

Y desapareció en el aposento, dando un portazo.

La condesa no acató, ni muchísimo menos, los consejos de su amiga.

Lo que hizo fué acercarse a Yegor hasta que los cuerpos de los dos estuvieron en contacto, y decirle:

—No se preocupe usted. Yo podré darle cuanto desee.

—Creo que va usted demasiado lejos. Yo podría desear mucho.

—Pues eso se lo concedería yo inmediatamente. La princesa y su dama de compañía duermen ya. Nadie puede molestarnos...

—Veo que usted no sabe lo que yo podría pedir...

—Nada sería mucho — insistió la condesa.

Y, quitándose el magnífico collar de perlas que llevaba, se lo ofreció al bandido.

Como Yegor conocía el valor de las piedras, se quedó estupefacto, contemplando el precioso collar.

—¿Qué significa esto?

—Eso significa muchos miles de rublos, pero comparado con un momento feliz, no significa nada.

Repuesto de su sorpresa, Yegor se guardó el collar, obsequió a la generosa condesa con una sonrisa

y, acto seguido, la dejó estupefacta dirigiéndose a la puerta, donde se inclinó con irónica cortesía para decirle:

—Buenas noches.

—¡Pero se va usted!—exclamó

la condesa con una mezcla de extrañeza e indignación.

—¡Ya lo creo! Que usted descanse.

Y salió, cerrando tras él la puerta.

IV

El despecho se desencadenó en el alma de la condesa como una tempestad.

Inmediatamente se dió a pensar en el modo de tomar cumplida venganza del bandido, y como en estas artes estaba tan ducha como en las del amor, pronto halló el medio de castigar al bandido.

Cuando advirtió que Yegor y su gente se habían marchado, llamó al ventero y le dijo:

—Ese bandido que ha estado aquí hace un momento, me ha robado un collar de perlas.

El mesonero hizo un gesto de exagerada desolación.

—La iba a advertir, señora, y si he callado ha sido por el temor de ser imprudente.

—Lo que debías hacer es no ad-

mitir en tu establecimiento gente de esa calaña.

—¡Cómo puedo impedirlo, pobre de mí! Entran en mi casa por asalto. Si les negara la entrada serían capaces de matarme.

—Bien, bien. Necesito recuperar las perlas robadas. ¿Dónde podríamos echar el guante a Yegor?

—Comprended, señora, que me expongo a perder la vida dándoos estos informes—dijo el ventero con voz suplicante.

—Ni perderás la vida ni te pesará. Dí dónde se puede encontrar y Yegor y ganarás en un día lo que no ganarías en diez años.

—¡Oh, señora! Siendo tan magnánima, ¿quién puede negarse a servirlos? Hay un medio para dar caza a Yegor con toda seguridad.

—¿Cuál?

—Escuchad, condesa.

Y el ventero añadió en voz baja:

—A pocos kilómetros de aquí (y puedo indicaros el camino), hay un mercado. Pues bien, en ese mercado sólo negocian los que tienen mercancías de procedencia que no se puede declarar. Ahí va siempre Yegor. Ahí irá esta vez a vender las perlas que os ha robado, porque sólo allí pueden comprárselas. Como ahora es ya muy tarde, es seguro que lo dejará para mañana. Supo-

ned que yo esta misma noche me llego al destacamento de cosacos más próximo y doy la noticia. Suponed que mañana los soldados del emperador guardan todas las salidas y que yo me encargo de espiar la llegada de Yegor para avisar al jefe del destacamento. Suponed...

—Basta. Comprendo perfectamente tus planes. Ve en seguida a avisar en mi nombre a los cosacos y no olvides que según cómo te portes será el premio que recibas.

—Descuidad, condesa. Dentro de cuarenta y ocho horas Yegor habrá sido fusilado.

* * *

La princesa se revolvía en su lecho inútilmente. No acudía el sueño a sus ojos. La imagen del magnífico bandido se le había clavado en el pensamiento y en vano trataba de desecharla.

¿Por qué aquel recuerdo no la dejaba dormir? ¿Qué misterioso sentimiento era aquél que le robaba su imperturbable serenidad de princesa?

Había dejado el sombrero cerca

de la cama, sobre una silla, y se preguntaba por qué aquella prenda insignificante había cobrado de súbito para ella tanto valor.

La noche era muy cruda. Había comenzado a nevar y un resplandor que nacía en el cielo gris y en los copos blanquísimos de la nieve se filtraba en el aposento a través de los cristales de la ventana. Sin embargo, la princesa Vera casi sentía calor.

Sus brazos, desnudos, descansaban sobre el embozo del lecho y eran como dos tallos maravillosos de alguna flor blanca rematada por los cálices de las manos.

Sobre los bordados del escote se insinuaba el prodigio de otras dos flores también blanquísimas, breves y apretadas, y aquellos encajes daban la sensación de estar allí, no para cubrir nada, sino para embellecerlo.

Su rostro adquiría una palidez virginal al descansar en la almohada aureolado por el oro de los cabellos y en él destacaban sus ojos claros como lagunas profundas y transparentes.

De pronto, le pareció que la habitación se oscurecía y miró instintivamente hacia la ventana. Tal fué su asombro y su desconcierto, que se sentó en la cama sin apartar los ojos de los cristales y sin pensar que en aquella actitud los encajes y la seda caían tan hacia abajo como permitían los finos tirantes de la camisa de dormir, que era mucho.

Una forma humana había aparecido detrás de los cristales y en ella reconoció inmediatamente a Yegor.

Petrovna, que dormía cerca de

ella, en una chaise-longue, sintió también la presencia extraña y abrió los ojos.

Lanzó un grito al ver la cara del bandido a través de los cristales y ocultó la cabeza debajo de las pieles que le servían de mantas.

Pero lo más notable de todo aquello era que la princesa no había sentido miedo ninguno. Otros sentimientos — sorpresa, admiración a la audacia — llenaban su corazón.

Empujó Yegor las hojas de la ventana y entró en la habitación.

—¡Buenas noches, princesa! —dijo alegremente.

—¿A qué ha venido?

—He venido por el sombrero.

—Ha hecho usted muy mal. ¿Le gustaría a usted que le robaran una cosa que quisiera conservar?

—Yo no he venido a robarlo, princesa. He venido a pedírselo.

—Pero, ¿qué empeño tiene usted en poseer ese sombrero?

—Es para regalarlo.

—¿A quién?

—A Nadja.

—¿Quién es Nadja?

—Mi hermana. Se volverá loca de alegría cuando vea ese sombrero tan elegante. Ella, ¡la pobre!, no

ha vestido nunca más que las humildes ropas de la campesina.

A través de la alegre rudeza con que Yegor hablaba siempre, había esta vez un ligerísimo matiz de súplica y emoción.

Se había sentado al borde del lecho y, apoyando la mano al otro lado de las rodillas de la princesa, le hablaba mirándola a los ojos y dejándose envolver en las suavísimas ráfagas de juveniles perfumes de carne que de ella se desprendían.

La princesa contestó:

—Siendo así, puede usted llevarse el sombrero.

—¡Bravo! —exclamó Yegor, dando un salto y apoderándose del obsequio.

Se detuvo un momento ante el

lecho, mirando con gratitud a la princesa.

—Le cantaré una canción muy bella, blanca paloma, pero el momento no es muy adecuado. Si nos encontramos otra vez, se convencerá usted de que Yegor no olvida las buenas acciones.

Saltó al exterior de la ventana, cerró las hojas de cristales y, a través de ellos, hizo a la princesa el último y más alegre gesto de adiós.

Un instante estuvo Vera aturrida, dominada por mil pensamientos encontrados y mil confusas emociones, y, de pronto, como si una luz se hiciera en su cerebro y en su alma, saltó del lecho y corrió a ver desde detrás de los cristales cómo Yegor montaba a su caballo y se alejaba bajo la cortina de copos de nieve.

V

Amanecía cuando llegó a Kashi.

La aldea tenía una apariencia primitiva. El caserío, tosco y a medio derruir, estaba emplazado sobre

la pared rocosa de un despeñadero.

La mayoría de las casas no tenían puertas y su entrada consistía en un tosco hueco con un pedazo de tronco por dintel.

Yegor entró alegremente en su vivienda, al mismo tiempo que su madre, que había oído el galopar inconfundible de su caballo, salía a recibirle.

—¡Hola, viejecita! Te traigo un magnífico regalo—exclamó al mismo tiempo que la abrazaba.

—Ya tengo bastante regalo con volver a verte. Semanas enteras pasan sin que aparezcas por Kashiar. ¿Hasta cuándo va a durar eso, hijo mío?

—Mientras haya un rico en Rusia, Yegor será Yegor.

—Eso me agrada por los ricos, pero me desagrada por ti, que vives en un peligro constante.

—Antes quedará el espacio sin una sola ave y el Volga sin gota de agua que Yegor no pueda salir de un peligro.

—Siempre piensas lo mejor, hijo mío, y acaso eso te salve, pero nunca habrá paz en mi corazón.

—Sí, madre, la habrá, porque yo te infundiré ánimos, porque yo la inculcaré poco a poco, como entra en la roca la gota de agua. Entretanto llega ese feliz momento, toma este regalo.

Y entregó a la anciana el collar de perlas que la condesa le había

entregado a él.

La madre se estremeció, con una mezcla de admiración, de sorpresa y de miedo inexplicable.

—¡Son perlas!—exclamó.

—Sí, madre. Hermosas perlas.

—Perlas legítimas y tan perfectas, que este collar habrá costado millones.

—A mí sólo me ha costado una canción.

—¿De dónde lo has... sacado?

—Una gentil condesa me lo ha dado en pago a una canción.

—¡Una condesa!

—¡Ya lo creo! Una dama de calidad, conocida en toda Rusia.

—Un viejo adagio dice, hijo mío, que una cabra tiene más sentido común que una condesa. Por eso digo yo que tal vez este collar nos traiga la desgracia.

—Si temes que me enamore, puedes estar tranquila. Lo ha intentado, pero no ha conseguido nada... Pero dime: ¿dónde está Nadja? Traigo también un regalo para ella.

—¿Otro collar?

—No. Mira.

Y cogió el sombrero que había depositado sobre los cojines de un sofá y se lo mostró a su madre.

—¡Qué gorro tan raro!

—No es un gorro, madre—rectificó Yegor, riendo alegremente—. Es un sombrero, un sombrero elegantísimo. ¡Con decirte que pertenece a una princesa!

—Una princesa... una condesa... Me parece, hijo mío, que tengo razón para estar intranquila.

—No tienes ninguna razón, madre. La princesa es una blanca paloma llena de candor y de bondades.

—Candor... blanca paloma... Tem por ti, hijo mío.

Yegor se echó a reír.

—Dime: ¿dónde está Nadja?

La anciana se entristeció.

—Nadja está, como siempre, en su cuarto de labores. Es decir, como siempre... desde aquella noche en que la dejé ir al mercado. Me preocupa mucho tu hermana. Era alegre como un pájaro y, desde aquella noche, no ha vuelto a reír ni a cantar. ¿Qué le sucedería en aquella maldita fiesta?

—Esas rarezas son muy propias de las muchachas de su edad. Déjala de mi cuenta.

Irumpió en la habitación de su hermana, con su natural impetuosidad.

La joven estaba inclinada sobre

su labor y trabajaba lentamente, abstraída. Tan abismada estaba, que no lo oyó entrar.

Yegor le dió un golpe en un hombro en son de saludo y entonces Nadja lanzó un grito y se puso en pie, sobresaltada.

Estaba pálida y temblorosa. Apenas pudo balbucir:

—¡Qué susto me has dado!

Yegor la contemplaba con una mezcla de pena y curiosidad.

—¿Qué te sucede, Nadja? Parece que estás muy nerviosa.

—Sí... no... No es nada...

Se había vuelto a sentar y mantenía fijos los ojos en su labor como si temiera que su hermano descubriera algo en ellos.

Yegor se sentó a su lado.

—Mira lo que he traído para ti, Nadja.

Ella miró el sombrero, sin entusiasmo.

—Te advierto que es lo más elegante que se puede encontrar en toda Rusia. Pertenece a la hermana de un príncipe.

Nadja se estremeció.

—¿De un príncipe? Entonces llévate. Los príncipes traen siempre desgracia.

—¡Bah! Eso son tonterías. ¿Sabes cómo lo he conseguido? Te lo voy a contar.

Y refirió toda la aventura del mesón, con gran lujo de detalles.

No calló el nombre de la princesa, ni el de su hermano, informes que el ventero le diera sin haberse los pedido.

Aquellos nombres acabaron de conturbar el alma de Nadja, que rechazó con voz trémula:

—¡No quiero ese sombrero! ¡No quiero ese sombrero!

Otra vez la miró Yegor como si quisiera leer en sus ojos.

—Nadja — dijo al fin —. Tú amas.

Y ella contestó:

—No. ¡Yo, odio!

—Toma el sombrero y desecha esos tristes pensamientos que quieren amargarte la vida. También te traeré trajes elegantísimos, confec-

cionados por los modistos de París.

Pero la cabeza de Nadja seguía gravitando, abrumada, sobre el pecho.

Y Yegor vió cómo una lágrima caía sobre el bastidor y quedaba allí, trémula y brillante, como una perla.

También él se puso triste entonces y comenzó a acariciar sus cabellos.

—¡Nadja!... ¡Nadja!... ¿Quién ha herido tu corazón tan certeramente?

Y comenzó de súbito a cantar.

Fué una canción que pretendía cerrar la herida del corazón de Nadja, pero que no lo consiguió, pues mientras él cantaba, de los ojos de ella seguían cayendo lágrimas que se rompían al chocar con el bastidor, como si fueran de frágil cristal.

VI

A media mañana reinaba en el mercado de los ladrones gran animación.

Por entre las tiendas de los mercaderes iba y venía una multitud de

aspecto generalmente miserable que cambiaba los géneros robados por dinero o por otras mercancías de provecho.

Estaba el mercado en la falda de

una montaña muy escabrosa, de modo que los caminos que conducían a él eran retorcidos y tan empinados que sólo a caballo o en un coche tirado por un animal resistente se podían subir.

Un viejo simón circulaba por entre las estrechas calles que formaban las tiendas de los mercaderes y dentro de él iba Osman el Turco, mirando con el rabillo del ojo a un lado y a otro.

De pronto se acercó a él un transeúnte que llevaba el uniforme de oficial de los cosacos.

—¿Qué ¿Le has visto ya?

—Todavía no, pero puedo asegurarle que vendrá. Los días de mercado viene siempre, aunque no tenga que vender nada. Usted no se mueva de la plaza. Yo le avisaré.

El oficial se retiró y el coche continuó su paseo.

Yegor llegó por otro lado, por aquel en que no facilitaba el acceso ningún camino, por aquel que requería la exposición de saltar de peñasco en peñasco y de hundirse y trepar por las pendientes abruptas de los precipicios.

Sólo Pedro y Nicolás le acompañaban, éste haciendo sudar a su caballo con el excesivo volumen de su

cuerpo y aquél cogiéndose continuamente al cuello de su cabalgadura para no caer, pues la equitación era algo que no se le podía meter en la cabeza por muchos esfuerzos que hacía.

—Esperad aquí—dijo Yegor, bajando del caballo—y ya sabéis: si sucede algo, estoy en la taberna.

Hacia ella se dirigió y no bien hubo puesto los pies en el umbral veinte voces se dirigieron a él en son de saludo y multitud de brazos se movieron en el aire alegremente.

—¡Yegor! ¡Yegor!

—¡Bindemos por el jefe!

—¡Eh, pazguato!—dijo otra voz al tabernero—. Sirve en seguida a Yegor un vaso de vodka.

Yegor se había detenido en lo alto de los tres escalones que había que bajar para llegar al recinto principal de la taberna, surcado por varias filas de mesas, todas ellas llenas a rebosar.

Cogió el jefe el vaso, que el tabernero se apresuró a servirle, y levantó el brazo.

Su brindis fué uno de aquellos cantos que llevaban el entusiasmo y el valor a los corazones.

Al terminar se armó gran alga-

zara entre vítores y cantos de respuesta, cantos en los que el vodka ponía la nota incoherente.

De pronto, sintió el cantante que una mano se posaba suavemente en su hombro y quedó estupefacto al volverse y ver que era la princesa.

Se la quedó mirando estúpidamente, sin saber qué decirle.

Ella, en cambio, habló:

—Tengo que decirle algo muy importante.

Reaccionó Yegor.

—Venga usted. En esa habitación podremos hablar tranquilamente.

La condujo a una especie de salón que a Vera pareció sumamente pintoresco por el desorden de alfombras, cojines y muebles, todo bastante pobre y viejo, que reinaba en él.

—Me he enterado de que robó usted un collar de perlas a la condesa—dijo la princesa en tono de reproche.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Ella misma.

—¿Y no le ha dicho nada más?

—Nada más.

—Pues bien; esa señora ha mentado. Yo no robé el collar. Me lo entregó ella. ¿Sabe usted con qué objeto?

—No me diga usted más. Lo que acaba usted de decirme lo presumía. Por eso he venido a avisarle de algo más que me he enterado. ¿Sabe usted que los cosacos le buscan?

—¡Bah! No es nada nuevo. Los cosacos nunca me han profesado mucha simpatía.

—Es que ahora está usted en verdadero peligro.

—Como siempre.

—No, mucho más que siempre. El mercado está rodeado de cosacos que han venido a prenderle por haber robado el collar a la condesa.

—Malos centinelas son los cosacos. De otro modo, ¿cómo podría estar aquí?

—Se confía usted demasiado, Yegor, y eso acabará por perderle. Esta vez está la emboscada muy bien dispuesta. Osman, el mesonero, pasea por el mercado en un coche con el solo fin de descubrirle y delatarle.

—¿A eso se ha prestado Osman? —preguntó Yegor con extrañeza—. Osman ha sido siempre un buen amigo mío.

—La amistad terminó anoche, cuando la condesa le ofreció una

crecida suma si la ayudaba a vengarse.

Yegor lanzó una carcajada, en la que había algo tempestuoso.

—¡Cuánto me alegro de que haya ocurrido esto! Así he podido averiguar tres cosas: que Osman es un traidor, que la condesa es una mujer de alma vil y que usted es para mí como un ángel de la guarda.

En este momento se oyó debajo de la ventana el rodar de un coche

y Yegor se acercó a los cristales para mirar al exterior.

Al ver que era el coche en que iba Osman el Turco, volvió al lado de Vera y le dijo, con cierta agitación:

—Espéreme aquí un momento. Tengo un importante quehacer en la calle.

Y no se dirigió hacia la escalera, sino al fondo de la casucha, donde Vera le vió saltar por una estrecha ventana.

* * *

Algunos minutos, muy pocos, después de esta escena, ocurrió en la calle otra que llevó el asombro a todos cuantos se hallaban en el mercado.

Se acercó el oficial al simón de Osman, cansado ya de la larga e inútil espera, y le preguntó con malos modos:

—Pero, ¿está o no está Yegor en el mercado?

Al mismo tiempo le dió un golpe en el hombro y, con gran sorpresa, vió que Osman caía como un fardo. Advirtió también que el mesonero tenía el pecho lleno de sangre y,

finalmente, descubrió en un rincón del asiento un papel atravesado por un puñal.

Leyó el papel, que decía, con trágico laconismo:

“Así castiga Yegor a los ladrones.”

Se arremolinó la gente alrededor del coche y el oficial requirió la ayuda de un grupo de soldados para que custodiaran el cadáver, dando a otros la orden de que transmitieran a sus compañeros el aviso de que Yegor estaba en el mercado y era preciso no dejarle salir.

VII

La princesa no estuvo sola más de dos minutos. Cuando Yegor regresó no advirtió en su rostro nada que le permitiera deducir lo que acababa de hacer.

Por el contrario, la serenidad y la alegría se reflejaban en su semblante.

Aquella alegría infundió a la princesa cierta turbación.

—Ya nada tengo que hacer aquí —dijo—. Me marchó.

—Ahora es cuando más la necesito. No se marchará usted sin escucharme.

Se sentó en una especie de sofá en el que no había nada blando, ni siquiera el interior de los cojines, y la cogió de una mano y tiró de ella suavemente, haciéndola ocupar el asiento inmediato.

La princesa le miraba con cierta inquietud.

—Después de todo, es muy sencillo lo que quiero decirle: que he recorrido Rusia de un extremo a otro y no he encontrado ninguna

mujer que pueda compararse a usted.

—Sin embargo, no deben faltar mujeres en el poblado de "Las alondras cantoras".

—Al contrario: hay tantas que sobran.

—Su amada debe de estar entre ellas. Sin duda le espera impaciente. ¿Por qué no se va usted?

Había en aquellas palabras una reticencia que pasó a Yegor inadvertida.

—Yo no tengo amada. Para un aventurero como yo las mujeres son un mal negocio. Sólo dos mujeres ha habido en mi vida, y muy queridas por cierto: mi madre y mi hermana.

Un inconfesable alivio se apoderó de la princesa.

—Por lo visto, es usted un buen hijo y un buen hermano.

—El que no ama a los suyos es expulsado de mi tribu.

—Amar a una mujer que no sea hermana ni madre también puede

ser un signo de bondad y de nobleza.

—En efecto. Y entre mis hombres es raro el que no tiene un amor de esa clase. Yo les animo porque comprendo que amar así debe de ser muy hermoso. El único que tiene razones para abstenerse soy yo. Yo soy el jefe. Tengo obligaciones, responsabilidades. Sin embargo, cuando en el camino de un hombre se interpone una mujer que se ajusta a su ideal, entonces son inútiles todos los propósitos de abstinencia.

Miraba intensamente a Vera. Añadió:

—Creo que esa mujer se ha cruzado en mi camino, pero hay algo entre ella y yo que me impide ni siquiera atreverme a confesárselo.

Se entornaron los ojos de Vera. Para ella no podían encerrar ningún misterio las palabras de Yegor. Además, expresaban una gran verdad. ¿Qué lazo que no fuera el de una amistad pasajera podía haber entre una princesa y un aventurero?

Sin embargo, ¡era tan bella y tentadora aquella aventura! ¿Quién le impedía gozar de ella momentáneamente? ¿Por qué negar a su alma aquella expansión?

—Yegor—murmuró Vera estrechándose contra él—, es verdad lo que dices. Gigantescos obstáculos nos separan. Sin embargo, no olvidaré en mi vida estos momentos de felicidad.

—¡Bendita seas, mujer! Eso ya es más de lo que yo me hubiera atrevido a pedir. Habría dicho mucho, pero no habría pedido nada. Me comprenderás mejor si te lo digo así.

Y en uno de aquellos cantos improvisados y llenos de inspiración le dijo lo mucho que la admiraba y la amaba, y la impresión que le produjera al encontrarla en la venta de Osman, el traidor, lo que le parecían sus ojos, sus cabellos y su piel blanquísima, para todo lo cual hallaba una imagen bella y justa.

Esta primera parte del canto era sumamente alegre, pero después se hacía profundamente triste, cuando expresaba la imposibilidad de pedir la menor correspondencia a aquel sentimiento.

Al terminar, se encontraron el uno en brazos del otro. No tenían la menor idea acerca de cómo pudo ocurrir aquello. Pero es lo cierto que ni él ni ella hicieron nada por romper el abrazo, sino que fueron

acercando sus rostros cada vez más, hasta que, sin darse cuenta tampoco, sus labios se unieron en un beso lleno de pasión y de locura.

* * *

Oyeron de pronto rumores de multitud en la calle y Vera acudió presurosa a la ventana.

Era el momento en que el oficial de los cosacos descubrió la muerte de Osman.

—Han matado al mesonero—dijo, volviéndose a Yegor.

Y al ver la impasibilidad que se reflejaba en su rostro, todo lo comprendió en seguida.

—¡Oh! Has sido tú...—dijo, abalanzándose sobre él—. ¿Qué esperas? Huye. Tu cabeza está en peligro.

—Mi cabeza, Vera—repuso Yegor levantándose—, está más firme que nunca sobre mis hombros. Acaso encuentre ocasión de devolverle el collar a la condesa y recomendarle que sea más prudente para otra vez. Y a ti, si Dios quiere que nos volvamos a encontrar, espero poder demostrarte que si Yegor es inflexible para el odio, también lo

es para el afecto y para la gratitud.

Le estrechó y le besó la mano y de nuevo salió de la casa por la estrecha ventana que había en el fondo de ella.

Cayó en un callejón tan estrecho, que no cabían en él más de dos cuerpos, uno al lado del otro.

Nicolás y Pedro, que, temiendo por la vida de su jefe y por la de ellos, no quitaban ojo de la taberna, vieron cómo se asomaba por el callejón y les hacía una señal de alerta.

Estos le prepararon el caballo y en el preciso momento en que el oficial daba órdenes a los cosacos para que no dejaran escapar a Yegor, salió éste de su escondite corriendo, cruzó la plaza, que era donde se aglomeraba la gente en torno del coche, y saltó a la silla de su corcel, que se lanzó inmediatamente a una desenfrenada carrera.

Nicolás y Pedro prefirieron quedarse allí, pero otros dos hombres de la tribu de Kashiar acompañaron al jefe.

Inmediatamente salieron en persecución de ellos todos los cosacos que se encontraban en la plaza y comenzó a través de la muntuosa campiña una de las carreras más emocionantes en que tomara parte Yegor.

Los disparos de los merodeadores se cruzaban con los de los cosacos y los rifles funcionaron hasta que los proyectiles de los fugitivos se terminaron.

Entonces recurrieron a una estratagema que siempre habían empleado con éxito. Al llegar a un re-

codo del camino, desaparecieron de la vista de los cosacos y cuando volvieron a aparecer, sólo se vieron los caballos, que continuaban el galope carretera adelante.

Suponiendo que se habían quedado escondidos entre las rocas, volvieron atrás, y cuando ya las monturas de los fugitivos estaban tan lejos que en modo alguno habrían podido darles alcance los cosacos, de detrás del vientre del animal salió el cuerpo de Yegor, que volvió a colocarse sobre la silla, y lo mismo hicieron sus dos acompañantes. Era un ejercicio que sólo los caballistas consumados como los de la tribu de Kashiar podían realizar con éxito.

VIII

Cuando llegó Yegor a su casa fué sorprendido por una escena amarga y dolorosísima.

Su madre estaba rodeada por casi todas las mujeres de la tribu y lanzaba angustiosos lamentos. Cantaba y lloraba. Parecía loca.

—¿Qué sucede, madre?

Pero la madre no le podía contestar. La ahogaba la angustia.

Entonces Yegor dirigió la pregunta a la anciana sirvienta de la casa.

—Dímelo tú. ¿Qué sucede?

—Que Nadja nos ha traído la deshonra.

Como si hubiera recibido un tremendo golpe en la cabeza, Yegor dió un paso atrás y se mantuvo en pie, pero vacilando.

—¿Dónde está Nadja?—preguntó.

—Allí—y la vieja sirvienta señalaba la habitación de su hermana.

Paso a paso, dirigióse Yegor al aposento.

Encontró a Nadja tendida en el suelo, boca abajo. Lloraba, a buen seguro.

Se acercó a ella, profundamente conmovido, compartiendo en el alma el dolor de la mártir a quien nadie comprendía. Todos la acusaban. ¿Por qué? ¿No bastaba mirar a los ojos a aquella criatura para convencerse de que era buena?

Se arrodilló a su lado.

—¡Nadja!

No le respondió.

—¡Nadja!

Y puso una mano en su hombro y la sacudió ligeramente.

Como no se movía, tiró del hombro y le hizo dar media vuelta.

Entonces comprendió aquel silencio.

—¡¡¡Nadja!!!

Ahora no fué una llamada, sino un rugido de dolor.

La joven tenía el rostro pálido y había en sus facciones una extraña contracción. En su pecho, una mancha roja. En su mano, un puñal.

—¡Nadja, hermana mía! ¿Por qué has hecho eso?

La cogió en brazos y la condujo al lecho. La depositó en él cuidadosamente, apoyándole la cabeza en la almohada.

La acarició como si fuera una niña. Lloró sobre aquel rostro que empezaba a enfriarse.

Como si el calor de las lágrimas fraternales la hubiera reanimado, Nadja abrió los ojos, miró a Yegor un momento, le dirigió una sonrisa de afecto y de gratitud, y otra vez se cerraron sus ojos, a la vez que su cabeza se doblaba.

—¡No, Nadja, no! No cierres los ojos. Aquí estoy yo, que quiero verte abiertos, que necesito que me mires, que anhelo con toda mi alma me digas quién ha sido el malvado que ha profanado tu pureza. ¡Nadja, Nadja! ¿No me oyes? ¡Contéstame! ¡Necesito saber el nombre de ese canalla!

Otra vez se animó el rostro de la

moribunda, otra vez volvió la cabeza, abrió los ojos y los fijó en su hermano.

—El príncipe Sergio—dijo.

Y con estas palabras salió de su pecho el último hálito.

—¿El príncipe Sergio? ¡Eso no puede ser, hermana mía! El príncipe Sergio es el hermano de ella y ella es un ángel.

Pero ella ya no le oía, ya no le podía oír.

—El príncipe Sergio... Ha dicho el príncipe Sergio—murmuró Yegor hablando consigo mismo, como si estuviera loco.

Reaccionó de súbito. Se irguió, besó la frente de la difunta y exclamó:

—Vete tranquila, hermana mía. Te juro que te vengaré.

* * *

Acompañado únicamente de Hassan, el segundo jefe de la tribu, un camarada en el que había depositado toda su confianza y al que quería como a un hermano, se dirigió a Serivan.

Le fué fácil enterarse de que la

condesa estaba ofreciendo una magnífica fiesta a sus amistades y que en su palacio se encontraba el príncipe Sergio.

Entonces dió a Hassan, su buen amigo, las órdenes oportunas y se separó de él.

* * *

La condesa estaba en su suntuoso tocador, terminándose de arreglar ayudada por su camarera.

Un magnífico traje negro, muy ceñido, daba gran majestad a su cuerpo de estatua, dejando casi completamente al aire la espalda, de un moreno muy suave y muy pálido, donde los encajes formaban un largo triángulo cuyo vértice terminaba en la cintura.

Por delante, en cambio, apenas tenía escote, y esto contribuía a hacer más apetecible el misterio de sus senos, ceñidos y prietos, como dos flores en su plenitud, pero que todavía no ha empezado a marchitarse.

Sobre el cabello negro, en torno de la frente, una diadema ponía el brillo fulgurante de sus piedras preciosas.

Estaba realmente bella, con una belleza magnífica y soberana.

Estaba empolvándole la espalda la doncella cuando la condesa vió algo sorprendente en su espejo de mano. Primero se habían movido las cortinas del balcón que estaba a sus espaldas. Después, las cortinas se abrieron y apareció un rostro inconfundible.

A la sorpresa se impuso en seguida la curiosidad, y a la curiosidad la pasión, una pasión insatisfecha que por eso mismo era más profunda.

Buscó una excusa para alejar a la criada y, no encontrándola, se limitó a despedirla con una actitud que no era nueva en ella.

—Vete ya. Esta noche no haces nada a derechas.

La doncella se fué balbuciendo disculpas y entonces se abrieron las cortinas completamente y apareció la figura de Yegor, al mismo tiem-



Siempre andaban detrás del jefe.



— ... Quiero el sombrero de la princesa.



Empujó Yegor las hojas de la ventana...



— ... Ella, ¡la pobre!, no ha vestido nunca más que las humildes ropas de la campesina.



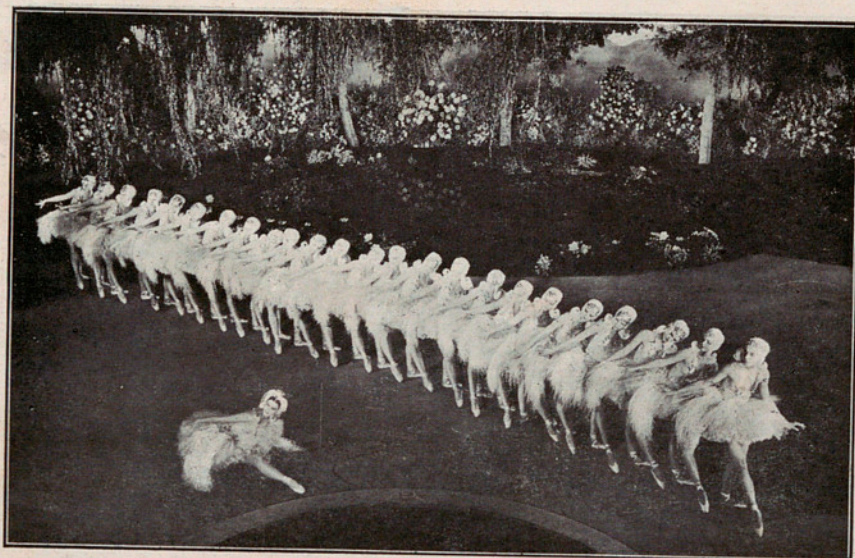
— Yo no he venido a robarlo, princesa.



— ... no olvidaré en mi vida estos momentos de felicidad.



Extrajo el collar de entre la guerrera y el pecho y se lo entregó



Era la mejor compañía de «ballets» de Rusia.



Sin apartar de él la mirada, cerró la puerta y avanzó paso a paso.



— ¡Asesino!



— He traído a esta joven para que sepa lo que es una «gitana sin hogar y sin conciencia».



— ¡Corte la leña!



Yegor confesó a su tribu que amaba a la princesa.



— Efectivamente, es un bello rincón.

Los látigos resonaban sobre las desnudas espaldas de Yegor.



—Hemos tratado de odiarnos, pero nos amamos como al principio.



LA CANCIÓN DE LA ESTEPA

po que la condesa se levantaba.

—Creí que te habían ahorcado —dijo sinceramente.

—Todavía no, pero todo se andará.

Había en sus ojos una impasibilidad, una fijeza que inquietó a Tatiana.

—Bien; ¿a qué ha venido usted?

—En primer lugar, a devolverle lo que usted me dió y luego dijo que yo le había robado. Usted condesa y yo aventurero, jamás me habría atrevido a hacer lo que usted ha hecho. Fué una cruel venganza que felizmente no llegó a realizarse.

Extrajo el collar de entre la guerrera y el pecho y se lo entregó.

La lección acabó de exasperar a la condesa, que arrojó el collar al suelo despreciativamente.

—Si no ha venido usted más que a eso puede marcharse.

—No; he venido a algo más.

Un rayo de esperanza pasó por los ojos de la condesa.

—¿Qué más quieres de mí?

—Poca cosa. Que me permita cantar una canción a sus invitados.

—Mis invitados no necesitan de sus canciones—repuso la condesa,

decepcionada—. Les tengo preparados unos números de baile maravillosos y estoy segura de que han de satisfacerles.

Pero Yegor conocía un recurso seguro para salirse con la suya.

—Yo creí que realmente la habían interesado mis canciones—dijo con tono insinuante.

—¿Lo puedes dudar? —repuso en seguida la condesa.

—No tengo más remedio. Su actitud lo dice bien claramente.

—No comprendes, Yegor. Es que ahora no puedo atenderte como yo quisiera. Me reclaman mis amistades. Si quieres... después... cuando la fiesta haya terminado...

—Gracias, Tatiana.

—Aquí mismo nos veremos—dijo ella estremeciéndose en un éxtasis anticipado.

—Pero no me niegue usted el capricho de demostrar a sus invitados que poseo una buena voz.

—Bien. Puedes cantar cuando las danzas terminen. Ahora perdóname. Mis invitados me esperan.

Le tendió la mano y le obsequió con una sonrisa y una mirada que encerraban una promesa de placer.

* * *

Los números de baile eran verdaderamente magníficos. Más de cien bailarinas se reunieron en el escenario para moverse y evolucionar con ritmo perfecto.

Era la mejor compañía de "ballets" de Rusia.

Todos felicitaron a la condesa.

—Pues aun les reservo algo mejor.

—¿Mejor? Imposible.

—Mejor, sí, señores. Algo que ustedes no han visto nunca: un cantante que tiene a precio la cabeza porque es un temible bandido. Pronto le verán aparecer ustedes.

Aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando las cortinas del gran escenario se abrieron y apareció Yegor.

Vera, que, como es natural, figuraba entre las invitadas, fué la que más se sorprendió ante aquel número fuera de programa.

Se sujetó el pecho con las manos como si temiera que fuera a salirsele el corazón y se tuvo que dejar caer en el primer asiento que vió vacío, pues las piernas se negaban a sostenerla.

Todos se volvieron a contemplar aquella extraña figura, cuya indumentaria contrastaba tanto con los impecables uniformes de los nobles y oficiales de la guardia imperial.

Yegor, en cambio, sólo tenía ojos para uno de los invitados: el príncipe Sergio. Le conocía, como conocía a casi todos los jefes de los cosacos, sus grandes enemigos.

Y con tanta fijeza le miraba, que el príncipe se sintió primero extraño e inquieto después.

Era un hombre de unos treinta y cinco años. Su pequeño bigote y sus ojillos impasibles y penetrantes le daban un aspecto poco simpático. Su figura era rígida y se presentía

que igualmente inflexible era en su interior.

Yegor comenzó a cantar. Desde el primer momento, su voz potente, bravía y bien timbrada, cautivó al auditorio. Después, el sentimiento y la sinceridad de la canción, los sorprendió y les aprisionó el alma.

En el canto, Yegor refería la triste historia de su hermana, y aunque no pronunció nombre ninguno, el príncipe Sergio experimentó el mismo malestar que si el bandido le acusara francamente. La historia era idéntica a su aventura con Nadja y el cantante se debatía, pre-

sa de cruento dolor, al referir el suicidio de la ultrajada. ¿Sería que Nadja se había suicidado y que aquel hombre era su hermano?

Finalmente, cuando el hermano juraba sobre el cuerpo de la amada muerta vengarse, Yegor lanzaba ruidos de dolor y de amenaza y le miraba de un modo que no dejaba lugar a dudas.

Al terminar la canción, estalló una salva de aplausos.

Yegor, para disimular, correspondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza, pero sin apartar su mirada del príncipe Sergio.

XI

Antes de que el cantante saliera del escenario, el seductor, dominado por una aprensión intensa, se dirigió a sus habitaciones.

Pero antes de que hubiera subido todas las escaleras de la magnífica escalinata, en la que se detenía de trecho en trecho para volver la cabeza, Yegor le vió y le siguió cautelosamente.

Precisamente lo que él quería era que se retirase a un lugar donde poder abordarle sin ningún testigo.

Cuando llegó a sus habitaciones, el príncipe se dió cuenta de que sudaba, a pesar de que la temperatura no era precisamente calurosa.

Llenó una copa de licor y se la bebió de un trago. En seguida llenó otra y se la bebió también.

No había encendido la luz; pero,

a través de los cristales de la ventana, se filtraba la claridad difusa de la noche, saturada de neblina.

De pronto, la puerta se abrió y apareció el cantante.

Ya no le cupo duda al príncipe de que aquel hombre era el hermano de Nadja.

Sin apartar de él la mirada, cerró la puerta y avanzó paso a paso.

El príncipe no se movió. Acaso no habría podido aunque se lo hubiera propuesto.

Apareció la silueta de Yegor, destacándose del cuadro luminoso de la ventana y alargó un brazo rápidamente, tirando del príncipe y arrastrándole al rincón más oscuro de la estancia.

Nada podía distinguirse allí, pero se oyó el fragor de la lucha, al-

gunas palabras terribles de Yegor y otras del príncipe, estranguladas.

Por fin, se hizo un gran silencio y un cuerpo cayó en la zona iluminada del recinto.

Esa sombra era el cuerpo del príncipe.

No tenía el caído la menor huella de sangre. Yegor había recurrido a la estrangulación.

Volvió a abrirse la puerta y apareció en el umbral, recostada sobre la luz que provenía de la escalera, la figura aérea de la hermana del príncipe.

Algo extraño había visto también la princesa en la canción y en la actitud de Yegor y al advertir que miraba fijamente a su hermano cuando nombraba al vil seductor de la doncella, si no presumió la verdad de lo ocurrido, sí se dijo que un sentimiento de aversión animaba al aventurero contra su hermano.

Después, al advertir la rápida salida del príncipe, resolvió seguirle, para pedirle una explicación sobre aquellos hechos extraños, y entonces pudo ver que Yegor subía las escaleras cautelosamente.

Quedó un momento indecisa ante el drama que aquellos hechos parecían anunciar y se preguntó si de-

bía dar aviso a los invitados. Temió el escándalo y por fin se decidió a subir ella para defender a su hermano en caso de que lo necesitara.

Pero los acontecimientos se habían desarrollado con excesiva rapidez para que la princesa pudiera llegar a tiempo y allí estaba, erguida en el umbral, cuando ya su hermano yacía sobre la alfombra.

—¿Qué haces aquí, Yegor? —preguntó con inquietud.

Pero Yegor no contestó nada, pues Vera avanzaba ya hacia el centro de la habitación y estaba seguro de que vería el cuerpo exánime de su hermano, evitándole difíciles explicaciones.

Así fué, en efecto. Sus pies tropezaron con el cuerpo yacente y como sus ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad, reconoció a su hermano en el caído.

Retrocedió dando un grito de horror y dirigió al bandido, sí, al *bandido*, una mirada llena de ferocidad y de odio, que Yegor no hubiera podido creer nunca en aquellos apacibles ojos.

—¡Asesino!—bramó.

—No he asesinado. He matado simplemente. Ni siquiera he usado

arma ninguna. El habría podido defenderse.

—Eres un miserable, Yegor.

—El es el seductor y mi hermana la seducida. Mi hermana se ha matado para ocultar su deshonra. Lo menos que podía hacer era vengarla. Pero usted no lo comprenderá nunca porque el canalla es su hermano.

—¡Hasta en sus palabras es usted vil!—exclamó la princesa en el colmo de la desesperación—. Si llama usted canalla a mi hermano después de matarle, ¿qué podría llamar yo a su hermana, gitana sin hogar y sin conciencia? ¿A quién podrá hacer creer que una mujerzuela que vivía del producto de sus robos era honrada cuando la encontró mi hermano? Antes debió usted preguntarle por cuánto se vendió.

Yegor asió a Vera por una mu-

ñeca y le clavó sus dedos de bronce hasta casi triturarle los huesos.

Una tempestad de odio habían hecho surgir en los ojos del aventurero aquellos insultos proferidos contra su hermana.

—¡Caro te ha de costar lo que has dicho, princesa!

—Mandaré que te ahorquen.

—No sé si podrás hacerlo.

La cogió en brazos y salió de la habitación para buscar la de la condesa y salir de la casa por donde había entrado.

Vera tuvo tiempo de lanzar un grito de protesta y de alarma.

Pero cuando los invitados subieron, sólo encontraron el cadáver del príncipe y una pista de pisadas que iba desde aquella habitación al balcón del gabinete de la condesa.

Allí esperaba Hassan con los caballos y Yegor pudo darse a la fuga sin pérdida de tiempo.

X

Muy sorprendida quedó la madre de Yegor cuando le vió entrar con la princesa en brazos.

—¿Qué significa esto, hijo mío?

—He traído a esta joven para que sepa lo que es “una gitana sin hogar y sin conciencia”.

—Cuidado, hijo mío. No me gusta esa mujer. Va vestida con demasiada elegancia.

—¡Como que es princesa!—dijo Yegor con sarcasmo.

—¡Princesa! — exclamó la madre, aterrada—. Déjala marchar, déjala marchar en seguida.

—Eso quisiera ella, madre, pero para que suceda así sería preciso que el mundo se hundiera.

—¿Qué quiere usted para dejarme en libertad?—preguntó Vera.

Yegor repuso con una ruidosa carcajada:

—Esta vez no va a servirle de nada su dinero.

—¡Es usted un cobarde! No se abusa así de la debilidad de una mujer.

—¿A esto llama usted abuso? ¡Pero si todavía no ha empezado la función!

Añadió, dirigiéndose a la anciana:

—Dentro de una hora partiremos. Prepara las cosas.

—¿Adónde?

—Muy lejos. Iremos hacia las montañas más altas y duras, hacia los caminos que sólo los vagabundos sabemos recorrer. Oye, princesa. Una cabra no podría trepar al sitio donde yo voy a conducirte. Habrás de quitarte ese vestido. Es demasiado fino y se rompería en seguida. Necesitarás un recio traje de gitana.

—¡No logrará usted que me vista como un fantoche!—protestó la princesa.

Había surgido la princesa en la dulce mujer. En sus ojos, siempre tan apacibles e ingenuos, tan inocentes y tan claros, había ahora tormentas de altivez herida y del fiero orgullo de raza.

—Ahora pagará usted — dijo Yegor con sarcasmo — el insulto que ha proferido a un ser de mi sangre. La amé porque la creí dulce y buena, porque me pareció distinta a las demás de su clase. Ahora he visto cómo es usted: cruel, altiva, tiránica, con un pedazo de granito en vez de corazón. Y voy a vengarme en usted de todas las de su clase.

—Si pretende usted atemorizarme para gozarse en mi temor, no ha de lograrlo. Yo sabré ser una Orloff hasta el fin. Su ferocidad no me inspira más que desprecio.

Yegor rió de un modo insultante.

—Ya se te aplacarán los humos. Esos hombros que sólo han servido para soportar collares, esas espaldas siempre erguidas altivamente, se doblarán bajo el peso de volu-

minosas cargas. Desde ahora, princesa, serás una perfecta gitana. Ya lo sabes, madre. Ella irá por la leña y cuidará a los animales. Es una mujer más de la tribu. Tú, como madre del jefe, puedes darle órdenes. No te enternescas; que las súplicas resbalen sobre tu corazón.

—¡Yo no suplico nunca!—protestó Vera.

—¡Bravo, princesita! ¡Así me gustas! Tú no suplicas. Estás acostumbrada a que te supliquen. Madre, voy a dar a la gente las oportunas órdenes para partir. Entretanto, dale un vestido propio de Kashiar y quítale esas sutiles gasas. Guarda las joyas. Suyas serán siempre, pero no para lucirlas.

—Estoy bien con este vestido y no lo cambiaré por ninguno otro—dijo Vera firmemente.

—Si cuando vuelva no tienes ya puesto el vestido que te habrá dado mi madre, te lo pondré yo, después de quitarte el que llevas.

Irguióse la princesa, encendida en rubores.

—¡Es usted un miserable!

* * *

Tenía puesto el vestido de gitana cuando Yegor regresó.

—Así me gusta—sonrió el joven. —Si es usted comprensiva, se librará de muchos peligros. Le aseguro que venía decidido a cambiarla de ropa con mis manos, lo cual habría hecho sin mucha indignación, puede usted creerlo.

Amanecía. Un sol turbio, de oro, ponía los primeros brillos de un color naranja muy pálido en los picos rocosos de los montes, y otras cumbres nevadas, más distantes, parecían espejos.

—Vaya usted a dar la comida a los caballos—dijo Yegor a la princesa.

Y como ella vacilara, añadió:

—Piense en lo que acabo de decirle. Le conviene ser comprensiva. No quiero obtener nada de esta aventura. Sólo quiero castigarla, que sufra usted sin gozar yo, pero estoy decidido a todo con tal de que me obedezca. ¿Comprende usted?

A todo. Yo no soy un canalla como lo era su hermano, pero podría hacer con usted lo que él hizo con Nadja.

—¡Salvaje!

—Como tal me portaré, puede usted estar segura, si no es razonable.

—¡Antes se me caerán las manos a pedazos!

—Magnífico. Coja usted ese saco y reparta su contenido entre los caballos. ¿Sabe usted dónde están las cuabras? Pues, si no lo sabe, pregúnteselo al primero que encuentre: él se lo dirá.

Demasiado pesaba aquel saco para los hombros de la princesa, pero antes habría reventado que dar lugar a que Yegor cumpliera su amenaza.

Y, temblándole las piernas, hundidos los pies en los toscos zapatos, que le costaba de arrastrar como si fueran de hierro, se dirigió a las cuabras.

* * *

Como no sabía dónde estaban, preguntó a un hombre cuyo rostro no le era desconocido.

Era Hassan, el segundo jefe de la tribu, el camarada de Yegor.

Hassan era un hombre arrogante. Vestía siempre de negro, lo que daba a su figura una gravedad señorial. Sus ojos eran negros, tristes y las mujeres de Kashiar los reputaban como los más bellos de la tribu.

—¿Quiere usted decirme dónde están las cuadras?

—Allí, princesa.

Vera le miró extrañada.

—¿Le extraña que sepa tan pronto quién es usted? ¿Es que no me reconoce? Yo he acompañado a Yegor esta noche; yo he guardado su caballo junto al palacio de la condesa.

Ella se encogió de hombros con un gesto indiferente y se dirigió hacia las cuadras.

Hassan la siguió.

—Deme usted el saco. Debe de estar usted muy cansada.

—Gracias—dijo la princesa, cuyo asombro iba en aumento.

—No se asombre usted. ¿Sabe quién me ha enseñado a ser gentil con las damas?

—No será su jefe.

—Pues él ha sido, ya ve usted. Yegor dice que las mujeres son como niños y que por eso hay que mimarlas y protegerlas.

—La experiencia me dice algo muy distinto.

—Algo muy grave le ha hecho usted para que la trate así; pero puede usted estar segura de que jamás hizo a una mujer el menor daño.

—Después de todo, no me importa. Sólo me importa librarme de él, de ustedes, y no repararé en los medios.

—Veo que agradece usted mis servicios.

La princesa se mordió los labios.

—Es verdad. He sido injusta con usted. Le ruego me perdone.

Estaba echando la comida a los caballos, y al levantar casualmente los ojos vió fijos en ella los de Hassan. Pero éste, confuso, los retiró en seguida.

X

En seguida se ocultó el sol en una nube, y cuando la tribu emprendió la marcha hacia los lejanos montes a los que “ni las cabras podrían trepar”, se dejaba sentir un frío intenso y penetrante.

Por muchos esfuerzos que hacía, no podía evitar la princesa ser la última de la fila, y cuando Yegor dió la orden de descansar, se dejó caer en el duro suelo y le pareció un lecho delicioso.

No quiso probar bocado y Yegor no insistió en que comiera.

—Haga usted lo que más le convenga, pero no olvide que ha de llegar como todos. Si no llegara, po-

dría ocurrirle algo desagradable. Piense que sin alimento no hay fuerzas.

—No necesito alimento para llegar. Sólo me detendré si pierdo la vida y entonces, ¡qué podrá importarme lo que haga usted de mí!

—Entonces me limitaré a enterrarla con sus joyas.

Yegor le volvió la espalda y se separó de ella y entonces oyó Vera que una voz decía cerca de su hombro:

—Algo muy grave le ha hecho usted.

Era Hassan.

—No me importa lo que pueda

haberle hecho. Desde luego, será mucho menos de lo que merece.

—No es usted justa. El orgullo la ciega. Todas ustedes son iguales, pobres criaturas.

—Le agradezco su compasión, pero no la admito.

—Se la ofrezco de buena fe, lo

mismo que le ofrecí mi ayuda esta mañana, lo mismo que la ayudé esta tarde. No le importe quedarse atrás. Me quedaré yo también, y así no podrán ver que llevo su carga.

—Gracias. Me enoja recibir favores, aunque vengan de hombres generosos como usted.

Al reanudar la marcha, trató de hacer lo que había dicho, pero sus energías no correspondieron a su voluntad.

Fué quedándose atrás, muy a pesar suyo, y llegó un momento en que las piernas se le doblaron y cayó de rodillas.

Entonces sintió que una mano le quitaba la carga.

Era Hassan, aquel hombre gentil y providencial.

Aceptó la ayuda.

—Pero no me humille usted — dijo—. Me duele mi impotencia y prefiero morir a reconocerla.

Y echó a andar delante.

Se volvió cuando ya había descansado y de nuevo sorprendió en aquellos ojos negros y magníficos una mirada insistente, como de pasión.

En vez de tomar la carga, volvió la espalda y siguió andando.

Su actitud ahora era profundamente pensativa.

Llegaron por fin a un paraje donde Yegor ordenó que se montara el campamento.

—No será definitivo — dijo—, pero estaremos aquí hasta que pase la época de las heladas.

Una mañana, cuando Vera regresaba del bosque cargada de leña y se sentó a descansar porque estaba rendida, oyó cerca de ella una carcajada que la sobresaltó.

—¿Ya va aprendiendo usted lo que es una gitana?

Al ver a Yegor trató de levantarse; pero sus piernas se opusieron al esfuerzo y prefirió quedarse sentada, para que el "bandido" — ahora le llamaba siempre así — no advirtiera su cansancio.

Se contentó con volver la cabeza.

Yegor se sentó a su lado y le co-

gió una mano, que ella trató de retirar.

—No tema, que no voy a hablarle de amor—dijo Yegor reteniéndola—. Sólo quiero decirle que estas manos que antes parecían pétalos de rosa ahora están curtidas por el trabajo y por el sol.

Se detuvo un momento, contemplándolas.

—Sin embargo, todavía son lo bastante bellas para inspirar una canción. Oigala usted.

—No, muchas gracias.

Y trató de levantarse.

Pero él la retuvo.

—Quiero que la oiga.

Y comenzó a cantar.

Era la primera vez que Yegor cantaba después de los funestos incidentes que le habían llevado a realizar aquel viaje.

Y su voz seguía siendo tan cautivadora como cuando Vera le oyó por primera vez en el mesón de Osman el Turco.

El canto trajo a su memoria bellos y emocionantes recuerdos. No pudo evitar que su alma se estremeciera, electrizada por la dulce melodía. Y cuando se dió cuenta, su mano estaba entre las de Yegor, abandonada, con una pasividad que podía confundirse con la simpatía.

La retiró en seguida y entonces Yegor se echó a reír.

—Tarde ha llegado ese movimiento. Esa mano ha sido mía durante unos minutos.

—Le detesto—dijo Vera furiosamente.

—Motivos tiene ya, pero tendrá muchos más todavía.

—¡Es usted irritante!

—Ya ve usted cómo sucumben

los nervios mejor templados, las voluntades más firmes.

—Yo no sucumbo.

—En medio de todo, es admirable ese orgullo de princesa. Otra, en su lugar, nos habría amargado el viaje con sus continuos lloriqueos. Me agradan esos corazones de acero bien templado. Pero no cante usted victoria todavía. Pronto continuaremos la marcha.

Vera lanzó el primer lamento.

—Es horrible. ¿Dónde piensa usted llevarnos?

—No lo sé, nunca lo sé. Pero estoy seguro de que, vayamos donde vayamos, la princesa Vera Orloff llegará.

—Puede usted decirlo muy alto —replicó Vera, fijando en Yegor una mirada llameante de ira—. Llegaré, si no me muero por el camino.

* * *

Pedro y Nicolás seguían de cerca el drama.

—La princesa nos está jeringando.

—¿Por qué?

—Porque ella tiene la culpa de que el jefe nos haga andar durante meses enteros.

—La princesa no tiene nada que ver en eso.

—¡Qué borrico eres, Pedro!

—¡Pero no ves que el jefe está enamorado de la princesa!

—¡Ahí va! —exclamó Pedro, echándose a reír de tan buena gana que tuvo que dejarse caer en el suelo para revolcarse a su placer.

—¿De qué te ríes, imbécil?

—De lo que acabas de decir.

—Lo que he dicho, lo sostengo.

El jefe está enamorado de la princesa.

—¡Pero si la trata a puntapiés!...

—¡Por eso mismo! El que atiza, ama.

Esta escena tenía lugar en la tienda habilitada para cocina y mientras Pedro afeitaba a Nicolás.

Eran ahora los cocineros, pero sabían tanto en cuestiones culinarias que no necesitaban cuidar de la comida para que saliera como Dios manda, si bien es cierto que Dios parecía mandar que aquella tribu no comiera nunca a gusto.

Como acababa de revolcarse por el suelo, la brocha estaba llena de tierra cuando la volvió a aplicar al rostro de Nicolás.

—¡Ay, mi madre! El jabón se ha

vuelto negro—exclamó el barbero examinando la brocha.

—¿Pero, qué has hecho, desgraciado? Esa brocha está llena de tierra.

Pedro, al comprobarlo, se apresuró a lavarla, pero, en vez de introducirla en la jabonera, la metió en el caldero de la sopa, que estaba hirviendo.

Cuando la aplicó al rostro de Nicolás, éste sintió algo así como si quisieran plancharle la piel, y al abrir la boca para protestar, la brocha se le introdujo entre los labios.

Dos patadas consecutivas hicieron comprender a Pedro que había metido la pata, al mismo tiempo que la brocha, y si Nicolás no llevó más lejos su indignación, fué porque se dió cuenta de que su cuello iba a estar pendiente durante unos momentos del pulso de aquel desgraciado, que, como tal, podía ser causa de una desgracia.

No fué más afortunado en el manejo de la navaja, pues ésta se le cayó de la mano y se deslizó por entre la camisa y la epidermis de Nicolás, por lo que éste se quedó

más inmóvil y más tieso que una estaca.

Pero Pedro lo arregló en seguida. Introdujo la mano, alcanzó la navaja y la sacó con un movimiento rápido. La había tropezado con la tela de la camisa y la convirtió inmediatamente en americana, abriéndola de arriba abajo con una limpieza que el mejor sastre hubiera querido para sí.

Nicolás se levantó con muy malas intenciones, pero Pedro tuvo la fortuna de que algo en aquel momento distrajo la atención del enemigo, el cual le cogió de un brazo y se lo llevó a la puerta de la tienda.

—Mira.

Miró Pedro. Vió que Vera se alejaba por un camino solitario, del brazo de Hassan.

—Bueno; ¿y qué?

—¿Te parece poco? El jefe y el segundo jefe están enamorados de la misma mujer. Esto se pone muy feo.

—Más feo eres tú, y todavía no nos hemos quedado ninguna noche sin cenar.

XI

Entró Hassan acompañando a la princesa.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le preguntó Yegor.

—He ayudado a Vera a recoger la rena en el bosque. Así tendremos provisiones más abundantes.

—Hassan es muy bueno — dijo Vera mirándole apasionadamente.

—Hassan sabe conquistarse el cariño de una persona.

Un poco azorado, miró Hassan a Yegor, pero éste, prudentemente, fingió no haber prestado atención a las palabras de Vera.

Cuando Hassan se fué, Yegor la miró duramente.

—Eso se va a terminar.

—¿El qué?

—Ya sabe usted a lo que me refiero: a Hassan.

—¡Bah! Los vagabundos aman mucho, y yo soy un vagabundo de pies a cabeza... gracias a usted.

—¡Bien, bien! ¡Corte la leña!

Mientras trabajaba, la princesa declaró:

—Me he enterado que vamos hacia aquellas montañas azules que se ven en el horizonte. Conozco esas montañas. Cuando era niña, pasaba los veranos en ellas. Entre las rocas hay un lago rodeado de vegetación. Las flores que no se encuentran allí, no se encuentran en ningún punto de Rusia. ¡Oh, es delicioso!

—No había decidido aún si iríamos a las dunas o a las montañas, pero ahora estoy resuelto a ir a las dunas. ¿Quiere usted flores? Pues yo le doy arena.

—La alondra cantora va a convertirse en cuervo. El firme Yegor está perdiendo la serenidad, mientras los hombros de la débil princesa siguen tan firmes como al principio.

—Yo sé por qué está alegre la princesa. A la princesa le gusta ju-

gar con el corazón de los hombres y ahora tiene uno entre las uñas... Pues bien, he de decirte que Hassan es para mí como un hermano y que no consentiré que lo envenenes con tu perversidad. Mañana partiremos hacia las dunas.

* * *

Ya estaba casi toda la tribu refugiada en sus tiendas, cuando se desencadenó una furiosa tempestad.

Fué algo tan repentino como horrible. Los relámpagos resquebrajaban el cielo y la lluvia era tan violenta que producía al caer el efecto de pedradas.

Al mismo tiempo se había desencadenado un furioso huracán, que rugía horrisonamente entre los quiebrados de las rocas.

De todo el campamento surgieron gritos de espanto y Yegor comenzó

a luchar con la tempestad y con el miedo de las mujeres.

De pronto sintió que un cuerpo chocaba con el suyo y, al volverse, vió a la princesa Vera que, como una flor, era arrastrada por el viento.

—¡Socorredme, por favor!— imploró, echándole los brazos al cuello.

—No tema—la animó Yegor—. Cójase fuerte a mí. Esto pasará pronto.

Y la princesa obedeció. Se estrechó tan fuertemente contra el pe-

cho de Yegor, que éste apenas podía mover los brazos.

Y cesó la tempestad y aun continuaban aquellos brazos enlazados a su cuello y aquel rostro tan cerca del suyo, que comprendió estaba perdido si no se separaba pronto.

Lo intentó, pero aquellos brazos no cedieron.

—No, no, Yegor. Es inútil. Basta de comedias.

—Es verdad. ¿Para qué seguir fingiendo?

Y tomó el beso que aquellos labios le ofrecían.

* * *

Al día siguiente, en una alegre fiesta, Yegor confesó a su tribu que amaba a la princesa.

Pero la alegría de ella, sólo duró un momento.

Yegor la vió después más triste y preocupada que nunca.

—¿No le alegra haber dejado su papel de esclava?—le preguntó.

—Estoy harta de tanta roca. Este paraje desolador me abrumba. ¡Y pensar que dentro de poco sólo verá arena!...

—¿Le gustaría ir a las montañas azules?

—¡Oh, sí!— exclamó Vera con entusiasmo—. ¡Hay allí lugares tan bellos!

—Entonces, voy a dar la contraorden. En vez de dirigirnos a las dunas, iremos a las montañas azules.

—Gracias, Yegor, gracias—dijo Vera con ojos relampagueantes de placer.

* * *

Apenas salió Yegor de la tienda, dejó el bastidor en que bordaba y se fué en busca de Hassan.

—Todo arreglado, amor mío. Iremos hacia las montañas. Cumplirás tu promesa.

—Pero antes me has de asegurar

que ningún individuo de la tribu sufrirá el menor daño.

—Puedes estar seguro, Hassan. No soy vengativa. Además, me interesa no contrariarte, para conservar íntegro tu cariño.

—Siendo así, avisaré a los cosacos.

XII

—¿Dónde está el lago de tus amores, Vera?

—Sígueme. Conozco el camino.

Lo cogió de la mano y tiró de ella suavemente. Tan sólo tuvieron que pasar al otro lado del promontorio en que habían acampado para ver el lago y las flores.

—Efectivamente, es un bello rincón—exclamó Yegor extasiado.

La prominencia ofrecía una gran hendidura triangular y en el interior de aquel triángulo estaba el lago que hacía soñar a Vera.

En la parte de la colina, sus paredes rocosas caían casi perpendicularmente sobre el lago y en la orilla opuesta estaba la estupenda rosaleda natural que atrajo desde el

primer momento la admiración de Yegor.

¿Natural? Se resistía a creerlo.

—Hay en ese conjunto de flores una armonía tan perfecta, que parece estudiada. Comprendo tu preferencia por este lugar. Es como un nido de ensueño.

De pronto se fijaron sus ojos en las almenas de un castillo que asomaban por detrás del bosque.

—¡Pero si esto es un paraje habitado!

—Naturalmente — repuso Vera sonriendo.

—Y este lago y esas flores pertenecen al castillo.

—Claro, señor jefe, claro. Ese lago y esas flores pertenecen a aquel

castillo, y aquel castillo me pertenece a mí.

La inusitada revelación y la sonrisa punzante que se dibujaba en los labios de Vera, desconcertaron a Yegor, que la miró estúpidamente.

—¿Comprende usted? — inquirió

Vera—. Me ha traído a mi casa. Ahora es usted mi prisionero.

Se puso en pie de un salto, comprendiendo que iba a necesitar defenderse, pero era ya demasiado tarde. Veinte brazos le sujetaron fuertemente y se vio rodeado de cosacos.

Y entre éstos estaba Hassan.

Con ojos estúpidos, contemplaba Yegor alternativamente a la princesa y a Hassan.

Dijo por fin:

—Comprendo la traición de esta astuta mujer; pero la tuya, Hassan, me sorprende.

Este estaba densamente pálido y

no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

De pronto, y sin que nadie lo pudiera evitar, sacó un cuchillo y se lo clavó en el pecho.

Vera lanzó un grito de horror.

Y, en respuesta a él, dijo Yegor:

—Ese es tu triunfo, princesa.

Le condujeron al castillo fuertemente atado, pues temían de aquellos bíceps.

No se doblegó un momento la cabeza de Yegor. Quería demostrar a la princesa que también él sabía hacerse fuerte frente a la adversidad.

Y la princesa volvió a verse rodeada de una reverente servidumbre, y volvió a tener una habitación magnífica donde descansar de sus angustias pasadas.

Pero no descansó. Una extraña agitación la poseía. Y este estado de ánimo se convirtió en horror cuando oyó en el patio del castillo una canción desgarradora de procedencia inconfundible.

Habían atado a Yegor por las muñecas, a dos palos clavados en el suelo y los dos cosacos más fuertes le azotaban. Y los látigos resonaban sobre las espaldas de Yegor,

cruzadas ya por surcos sangrientos, y servían de acompañamiento a la canción con que aquel valiente desahogaba su ira.

Desde la ventana contemplaba la princesa el espantoso cuadro y una profunda desesperación la dominaba. Ella misma había dado orden de que Yegor fuera azotado y he aquí que ahora flaqueaba su entereza y temblaba como una ridícula mujer del pueblo.

—¡Más fuerte, más fuerte! — gritó enloquecida.

Y los latigazos resonaron como disparos de arma de fuego.

Y Yegor continuaba lanzando al aire la brava y rugiente melodía de aquella canción que se clavaba en las sienes y en el corazón de Vera.

—¡¡¡Hacedle callar, imbéciles!!!
¡¡¡Matadle si es preciso!!!

Redoblaron sus esfuerzos los verdugos y entonces vió Vera cómo saltaba la piel de la espalda de Yegor.

Y entonces lanzó otro grito más desesperado aún que los anteriores:

—¡Por Dios, dejadle! ¡No le hagáis sufrir más!

* * *

Con los ojos humedecidos de llanto, entró la princesa en el cuarto en cuyo lecho acababan de depositar al herido.

—¡Dejadme, dejadme sola con él!

Y cuando se quedó sola cayó de rodillas al lado de Yegor.

—Perdóname... perdóname.

Ella misma lavó y vendó aquellas heridas. Le acariciaba con solitud maternal.

—Te quedarás hasta que estés curado completamente.

—No, Vera. Me marchó ahora mismo. ¿No comprendes el peligro que significa que permanezcamos juntos una hora más? Nos amamos. Nuestro amor es más fuerte que todos nuestros propósitos. Ha triunfado del odio y el despecho; ha bri-

llado sobre todo como una luz inextinguible. Sin embargo, no nos podemos amar. Hay algo en ti que tira hacia un lado y algo en mí que tira hacia otro. Ya lo has visto. Este amor sólo ha dado origen a dolores y locuras. Y es que nunca nos podríamos comprender, por mucho que nos amemos. Yo soy un aventurero, tú una princesa. Y no es esto lo peor, sino que los dos tenemos orgullo, y un orgullo diferente que pugna con el del otro. No puede seguir adelante esta bella aventura, Vera. Dejémosla en el recuerdo. Sigue tú con tu corona de princesa y déjame a mí mi cuchillo de monte. ¿Quieres decir que me preparen un caballo?

Vera obedeció en silencio y des-

pués le acompañó hasta la puerta.

—Hemos tratado de odiarnos— declaró—, pero es lo cierto que nos amamos como al principio.

—Más, Vera, más que al principio, pero por eso precisamente el peligro es mayor. Adiós, princesa. Yegor ha amado una vez y este amor vivirá en su recuerdo. A ti te

conviene olvidar porque la vida es muy exigente con las de tu clase.

Había pronunciado estas palabras montado ya en el caballo, y se marchó.

Se marchó cantando la misma canción de amor que un día inolvidable dedicó a la princesa en el mercado de los ladrones.

* * *

En el campamento reinaba una general tristeza.

Al enterarse de que Yegor había caído en poder de los cosacos y se hallaba prisionero en el castillo próximo, resolvieron que fueran dos hombres de la tribu a adquirir noticias del pefe.

Los designados para la peligrosa empresa fueron Pedro y Nicolás, y este último, encaramado en un árbol, vió cómo azotaban al jefe.

De pronto, oyó una voz destemplada que decía debajo de él:

—¿Qué haces ahí y quién eres?

Al ver que era un cosaco el que

así hablaba, Nicolás experimentó tal sobresalto, que perdió el equilibrio y cayó sobre el guardián.

—Señor... señor... —balbució—, no se enfade usted. Soy un caminante que he oído cantar y he trepado a este árbol para escuchar mejor la canción.

—Pues pronto terminará de cantar y para siempre, ya que le van a cortar la cabeza.

Nicolás no quiso oír más y echó a correr hacia el campamento.

Todos le rodearon ansiosamente.

—¿Sabes algo del jefe?

—Sí—repuso Nicolás, adoptan-

do una actitud sumamente fúnebre.

—¿Qué sabes?

—Que a estas horas ya estará ahorcado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo, que, al verme, ha solicitado hablar conmigo, y se lo han concedido como última gracia.

Todas las cabezas cayeron abrumadas por el dolor.

—Pero no os apuréis. Ya tenéis otro jefe.

—¿Quién?—preguntó uno.

—Yo. Yegor me ha hecho tan honrosa concesión cuando ha hablado conmigo.

En este momento se oyó una canción en la lejanía y todos levantaron la cabeza iluminados por la esperanza.

¿No era aquélla la voz inconfundible del jefe?

Corrieron al camino y vieron

que, en efecto, era Yegor el que llegaba.

El entusiasmo se desbordó.

—¡Viva Yegor!

—¡Viva!

—¿A qué viene eso?—preguntó el jefe con gesto de extrañeza.

—Estamos contentos porque hemos recuperado a nuestro jefe.

—¿Acaso lo habéis perdido alguna vez? Oídme bien. En la vida de Yegor no ha habido ninguna aventura de amor, en nuestra tribu no ha habido nunca una princesa. Todo ha sido un sueño. ¡No lo olvidéis! ¡Un sueño! Y mañana mismo emprenderemos el regreso a Kashiar y visitaremos el mercado de los ladrones.

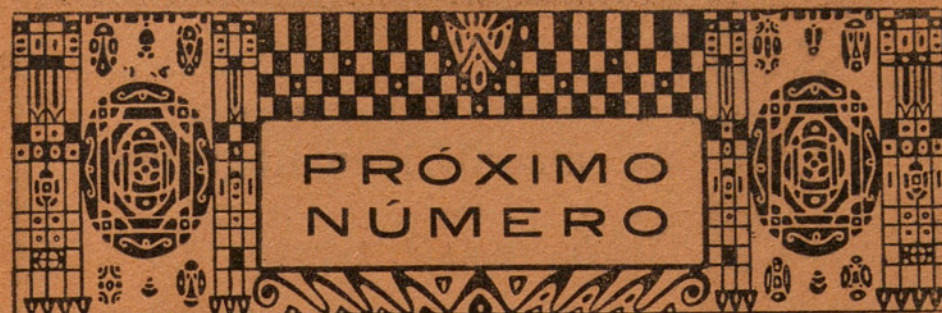
Y la vida de Yegor volvió a ser lo que había sido siempre, pero un poco más bella, porque ahora la acompañaba el recuerdo de una aventura deliciosa e inolvidable.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21



La producción totalmente hablada y cantada en español

El precio de un beso

por **Mona Maris, José Mójica, Antonio Moreno, etc.**

Es un film FOX

Lujosa portada

Interesantes ilustraciones en el texto

¡Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor!



COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar. El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Aguilas triunfantes.—El Sargento Malacara. El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina de la Opera.—Ben-Alf.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética. Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor. Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98. Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión. Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas. Santa Isabel de Ceres y Las dos huérfanas.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

EN BREVE, LA GRAN NOVEDAD

MUDO Y SONORO

Revista cinematográfica popular semanal

Colaboración insuperable



VEA LISTED

La Novela Cinematográfica del Hogar

Digna compañera de **La Novela
Semanal Cinematográfica**

Precio popular: **30 cts.**

SALE LOS SÁBADOS

Números publicados:

- Puertas cerradas**, por Virginia Valli
Madre pecadora, por Irene Rich
Estrella simbólica, por George O'Brien y
Sue Carol
La losa del pasado, por Donald Keith y
Helen Foster
La mujer de Satanás, por Marcela Albani y
Jack Trevor
Jimmy, el misterioso, por William Haines y
Leila Hyams
Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Malley,
Dorothy Sebastian y Harry Murray
Amanecer, por Janet Gaynor y George O'Brien
Tras la cortina, por Lois Moran y Warner
Baxter
Los misterios de Londres, por Anita Stewart y Greigh-
ton Hale
(La divina pecadora)
En la vieja Arizona, por Warner Baxter,
Dorothy Burgess y
Edmund Lowe
Honrarás a tu madre, por Mary Carr
Nobleza baturra, por Ino Alcubierre
Su Majestad el Amor, por Harry Liedtke
Edda Croy, etc.
Amor siniestro, por Renée Adorée, Thomas
Meighan, etc.
Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y
Alice Terry
Ana contra el mundo, por Shirley Mason
Jack Mower
La hermana blanca, por Lillian Gish y Ro-
nald Colman
De mujer a mujer, por Betty Compson y
Olive Brook

PIDA usted en cualquier
quiosco la novela

El proceso de Mary Dugan

publicada en el
número inicial
de la

NOVELA TEATRAL

Gran éxito. Las mejores obras
teatrales noveladas, con portada
a todo color e ilustraciones en
el texto

Precio: **30 céntimos**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Cinematográfica del Hogar

Los Grandes Films Mudos y Sonoros

*(nueva publicación que substituye a Los Grandes Films
de La Novela Semanal Cinematográfica)*

y las selectas Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Le conviene adquirir rápidamente,
porque se está agotando, la famosa
novela de**

Alfonso Vidal y Planas

La Vida, el Deseo y la Víctima

De venta en todos los quioscos y librerías
de España y América. **5 pesetas** ejemplar

EB

Precio: Una peseta